



EL CORREO DE LA MODA

PERIODICO DE MODAS, LABORES Y LITERATURA.

Núm. 29. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 2 Agosto 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXII.

EDICION DE LUJO
 48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.
 Madrid. Un mes. 12 rs.
 Tres meses. 32
 Seis meses. 62
 Un año. 120
 En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI
 REDACCION Y ADMINISTRACION
 Plaza de Prim, núm. 2 —Madrid
 Los pedidos de suscripciones pueden hacerse á la misma Administracion en libranzas de Giro mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no respone de los extravíos.

EDICION ECONOMICA
 48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.
 Madrid. Un mes. 8 rs.
 Tres meses. 20
 Seis meses. 38
 Un año. 72
 Provincias. Tres meses. 21 rs.
 Seis meses. 46
 Un año. 84

PUNTOS DE SUSCRICION. — Madrid: Administracion, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelegrini, Caballero de Gracia, 8; librería de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Bailliere, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. Lopez, Cárcen, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sanchez Rubio, Carretas, 51; Gujarrro, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martín, P. del Sol; y Administracion de El CASCABEL, Plazuela de Matute, 2.—PROVINCIAS. En Barcelona, en la Administracion del Correo de L. M.O.A. calle del Carmen, 24, 4.; en Valencl., en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos.—En París Mr. François Ehardt, 53, rue Vivienne, près le Boulevard, y C. A. Saavedra, 53, rue Tailbout.

SUMARIO.

La Hermana de la Caridad, por Jaime Balmes.—*Juanita*, por Arturo Saborit y Thomas.—*El crepúsculo de la tarde*, poesía, por José Tello y Cubero.—*La ermita*, poesía, por el Dr. Lopez de la Vega.—*Las mujeres del Serrallo*, por Fermín Herrán.—*El antifaz de terciopelo*, por Eduarda Feijó y Mendoza.—*Revista quincenal*, por Sofía Tartilan.—*Explicacion del figurin*.—**VARIADADES**—*Correspondencia*.—**GRABADOS**.—Las mujeres del Serrallo.—Interior del Harem.—Portada de la capilla de San Jorge.—Tipos mallorquines.

LA HERMANA DE LA CARIDAD.

En los países mas cultos y donde más extension y arraigo tomaron las preocupaciones religiosas, allí vemos que los pobres miran con mas predileccion y cariño á los Hermanos de la Doctrina cristiana, que se desvelan en comunicales una instruccion fundada sobre la fé de la Iglesia, al paso que los enfermos bendicen la religion que les envia las Hermanas de la Caridad, para cuidarlos, aliviarlos y consolarlos en el lecho del dolor.

¿No decís que el dinero es el agente universal, que el oro es el talisman para obrar los mayores prodigios? Pues abrid vuestras arcas, derramad á manos llenas vuestros tesoros y ved si con todos ellos llegais á formar una *Hermana de la Caridad*. La dulzura, la paciencia, la constancia que distinguen á esas mujeres admirables, llenas del espíritu de Dios y abrasadas por el fuego de la caridad, no pueden nacer de motivos puramente humanos.

Fijemos un momento nuestra consideracion sobre una Hermana de la Caridad. En la flor de sus dias, en la pri-



LAS MUJERES DEL SERRALLO.
 Ayuntamiento de Madrid

mavera de la vida, cuando la belleza esmalta su semblante, cuando las rosas de la juventud hermosean su tez, cuando sus ojos centellean con el fuego de la adolescencia, cuando el mundo la brinda con un porvenir de ilusión y de placeres, abandona los brazos de sus padres, dá el último adiós á su tierna madre, se separa para siempre de sus parientes, de sus amigos, deja el cielo que la vió nacer, el país sembrado de los dulces recuerdos de la infancia, para marcharse á tierras lejanas á vivir entre personas desconocidas, entrando en una casa donde no se respira sino austeridad y penitencia. Falta de todas las comodidades de la vida, rodeada de privaciones, sola con su corazón y con su Dios, recuerda con triste emoción, tal vez con amargas lágrimas, el amor y las caricias de una madre que á la sazón llora la pérdida de una hija querida, de quien se ha separado para siempre. ¡Qué angustia no sufrirá en el fondo de su alma aquella tierna niña que acaba de resolverse á un paso de tanta consecuencia! Mira en torno de sí y nada halla sobre la tierra que sea capaz de aliviar su aflicción; y si fija los ojos sobre el porvenir, ¿qué es lo que le está reservado? ¡Ah! al salir de aquella triste y solitaria mansión ha de sepultarse en un hospital, para toda la vida. Ya no hay para ella esperanza de descanso: al lado del enfermo y del moribundo ha de agotar la copa de amargura, sufriendo incesantemente la vista de las miserias de la humanidad y arrostrando los actos mas penosos y repugnantes. Asquerosas llagas, dolencias pestilentes, groserías de los necesitados, ingratitud de los mismos á quienes está socorriendo, los días sin reposo las noches con escaso sueño y el día de hoy como el de ayer, y el de mañana como el de hoy, y siempre privaciones, siempre molestias, siempre servicios penosos, siempre la presencia de objetos aflictivos, siempre al oído penetrantes ayes, siempre gemidos, siempre el estertor del moribundo, siempre el horror de la muerte: este es su porvenir, esto es lo que le espera hasta los umbrales del sepulcro. Reunid toda la filosofía humana, apurad los mas nobles sentimientos del corazón, y ved si de todos podeis esprimir una gota de consuelo para esa inocente criatura que sola en su retiro está pensando en lo que fué y en lo que será: no, no hay fuerzas humanas que puedan llevar adelante una resolución tan sublime; no hay pecho de tan alto temple que no desfallezca en presencia de tan terrible perspectiva; solo la religión es capaz de inspirar tan heroico desprendimiento; solo Dios es capaz de obrar ese continuado prodigio.

J A I M E B A L M E S .

JUANITA.

UN SUEÑO.

¡Bendita sea la edad de las ilusiones!

En esta época de la vida, en que todo aparece de color de rosa, en que vivimos de esperanza, sin que todavía el mundo nos haya dado tristes desengaños, el jóven que no conoce el escabroso camino que debe seguir en el transcurso de su existencia, se entrega de lleno á un mundo ideal; el amor es lo único por que suspira. Ve solo de los objetos que nos rodean la superficie, y con tal de que esta sea bella, arrebatado solo á los impulsos de su corazón juvenil, no pára mientes en su fondo. ¡Cuán terribles son despues los desengaños que se reciben! Yo tambien he vivido en esa hermosa edad de la vida, he alimentado ilusiones como todos los jóvenes, ilusiones que han desaparecido, apenas la inflexible mano del tiempo ha dejado impresas en mí sus huellas. Empero todavia soy jóven, y conservo esperanzas que nunca me abandonan sin las que la vida no me seria mas que una pesada carga. ¡Infeliz del hombre que no viviendo de ilusiones, ha perdido para siempre la esperanza! La vida le será insostenible, se dejará llevar solo de indomables instintos, y entregado á los placeres mundanos, verá pronto agostarse su existencia cual lozana flor que se marchita al impetuoso azote de crueles tempestades. No soy pesimista; no contemplo á la humanidad caminar á un abismo sin fondo, no creo que el génio del mal tienda sus negras alas sobre nosotros, y que nos veamos condenados á vivir bajo su sombra; pero tampoco tengo floridas ilusiones que me hagan aparecer mi porvenir deslumbrante; no creo tampoco habitar un paraíso terrenal, ni creo exenta á la humanidad de mil defectos y miserias que son á ella inherentes, pues así es la condicion humana y así deben vivir los hombres, segun ley constante de la naturaleza. ¡Felicidad! ¡Vana palabra que invocamos todos los nacidos! ¡Si la felicidad fuese posible en la tierra! ¡A qué existir entonces el cielo! No, todo lo más á que podemos aspirar es á un bienestar relativo en la sociedad, á una vida tranquila y sosegada, sin remordimientos que afli-

jan nuestra conciencia y que son las principales causas de nuestras desgracias y de nuestros sufrimientos.

Unas veces me entrego al dolor, otras veces á la alegría. Mi alma se llena de tristeza al considerar el camino que hemos de seguir, cuyo difícil paso no consiguen abrirse muchos, entregados solo á las pasiones que les dominan, y obedientes á ella por la poca firmeza de su voluntad y de sus creencias, y otras veces mi corazón rebosa de alegría, al ver que no faltan en el mundo almas nobles y generosas que comprendiendo la elevada misión que están destinadas á cumplir, practican los actos mas heroicos y parecen estar libres de las flaquezas humanas resistiendo fuertes é impasibles los encontrados vientos que nos impelen, en ese revuelto mar de la vida.

Tan pronto me acomete la tristeza como la alegría.

Poseo halagüeñas esperanzas que endulzan los instantes de mi vida; tengo sueños de amor y de gloria que me embriagan haciéndome gozar instantes de dichas y felicidades sin cuento.

¡Si hubiese sido una realidad el sueño que tuve anoche!

Pero no, no es posible; no se goza tanta dicha en el mundo. La felicidad es una mentira; la dicha es una ilusión. ¡Solo los pesares son una realidad! Fatigada mi mente por mil ideas distintas, que la atormentaban, quise buscarme descanso para mis postradas fuerzas y un reposo de algunas horas á mi exaltada imaginación. Pero no me fué posible; mi mente continuó vagando por espacios etéreos, y en alas de su delirio trasladome á un mundo de indecible ventura.

Imposible me es recordar todo lo que ví. Solo conservo en mi memoria el grato recuerdo de una bellísima visión.

Era una niña encantadora, una beldad que mas tenia de divina que de humana: en sus ojos grandes y rasgados podía leerse la expresión de la inocencia y de la virtud. Sus hermosos labios de coral, entreabriéndose para dar paso á una dulce sonrisa, dejaban ver un pequeño grupo de brillantes perlas. Su talle esbelto como el junco de las riberas, y su traje blanco como la espuma del mar, la hacian parecer un ángel bajado del cielo ó una diosa del paganismo. Miguel Angel no hubiera pintado una imagen tan perfecta, el cincel de Apelles no dejó jamás una obra tan acabada, ni de mas esbeltas y delicadas formas. La Vénus de Médicis no fué concebida con tanta hermosura como mi arrebatadora aparecida.

Avanzaba radiante por una florida senda, y las alas del amor no se atrevian á rozar su casta frente. El ramo de violetas que ostentaba en su seno, no habia sido jamás agitado por el tibio hálito de un soñado deseo, y simbolizaba en toda su pureza la mas seductora modestia.

Extasiado quedé á su vista; me deslumbraba su belleza y mi boca no osaba pronunciar palabra alguna. Tenia los ojos fijos en mí, en tanto que yo cerraba los míos para no cegar, como cegaríamos contemplando demasiado de cerca los ardientes rayos del sol. Una luz vivísima se difundía en torno de ella, como si la reflejara su imagen radiante de sublime hermosura. Parecia gozar en aquellos momentos un cielo de inusitada dicha. Todo en ella era modestia; la sencillez y elegancia de su traje lo demostraba; en sus bellos ojos se leía, y en su dulce sonrisa manifestaba ese don inapreciable que tanto enaltece á la mujer en todas las condiciones en que se halle colocada.

¡Dichosa la que posee esta virtud! La circuye una aureola de gloria que jamás puede llegar á tenerla una hermosura aparente. Esta, por sí sola, es efímera y deleznable, y desaparece desde el instante que la vanidad, el orgullo y la hipocresía se declaran. La hermosura completa en la mujer, la constituye la belleza de sentimientos.

La caridad enaltece, la fé eleva, el amor sublima. Estas tres virtudes han de ser los atributos más preciados de la mujer, y veíanse brillar en la niña que á mis ojos apareció. Unia á la hermosura del cuerpo la belleza del alma, y yo que así lo admiré, yo que pensé que aquella aparición no podia ser más que la de un ángel descendido á la tierra, quedé sumergido en éxtasis profundo y se agitó en mi corazón un sentimiento desconocido que no me supe explicar...

¡Ah! ¡No era mas que un sueño y habia de tener su fin!

Pronto desapareció la visión que contemplaban mis ojos, y casi al mismo tiempo oí pronunciar un nombre que resonó dulcemente en mis oídos. Este nombre era ¡Juanita!

Nombre que dejó un eco profundo en mi agitado pecho, que no se extinguirá tal vez hasta su último latido!

Entonces conocí que todo habia sido un sueño y abrí los ojos á la realidad.

¡La realidad! funesta palabra para muchos, y bendecida solo por los seres afortunados!

Muchos lloran al contemplar la triste realidad de sus desgracias. Pocos son los que rien con la realidad de su ventura.

No tardó mi alma en llenarse de tristeza; hubiera querido no despertar, conservando siempre la grata ilusión que me habia poseído. Todo fué un vano sueño, y los sueños, sueños son.

¡Juanita! mágica palabra que resuena incesantemente en mis oídos! ¡Dulce nombre que evoca la visión que vive en mi pensamiento! El confuso ruido que se escucha en la selva, parece murmurarlo; las perfumadas brisas lo susurran, los arroyos lo formulan en cadenciosos murmullos, y hasta los pájaros lo despiden de sus sonoras gargantas en armoniosas notas.

Sí, yo la ví en sueños: se me apareció, no como una ilusión, sino como la realidad palpable, tal como me la representó de continuo mi delirante fantasía.

Juanita es bella, muy bella, pero la belleza que más la enaltece y la hace aparecer á mis ojos casi divina, es la belleza de sentimientos. ¡Feliz la jóven bella y virtuosa! hará brotar la dicha do quiera que vaya, y disipará con los encantos de su perenne dulzura y abnegación las borrascas de la vida de los seres que la rodeen.

¡Desgraciado del que no ame más que la hermosura del cuerpo, sin fijarse en las dotes del alma! El soplo del tiempo ó la mano desapiadada de la desgracia, disipará como el humo su efímera dicha, si antes la muerte no llega, y de un solo golpe se lo arrebatara todo, dejándole por herencia el hastío de la vida.

A R T U R O S A B O R I T Y T H O M A S .

Mataró 8 de Abril de 1872.



EL CREPÚSCULO DE LA TARDE.

(A MI MADRE.)

Triste es mirar sobre la mar dormida
allá en la tarde tembloroso el sol,
imagen ¡ay! de la ilusión perdida
que el alma eterna acariciar creyó.

Triste es mirar entre la niebla vaga
la luna melancólica oscilar,
cuando en las sombras del dolor se apaga
la juventud que marchitó el pesar.

¡Ah! cuando enturbia el aflictivo llanto
las fuentes del amor y del placer,
y al frío soplo del cruel quebranto
vemos las horas sin piedad correr;
cada eco de la tarde es un latido
que desgarrá el doliente corazón;
cada eco de la noche es un quejido
que habla de un mundo que de el alma huyó.

Fúnebre luna, moribunda tarde,
yo un mundo hermoso en mi delirio alzé
y en ese sol que vacilante arde,
ora lo miro fenecer tambien.

Ya no contemplo como en otros días
ante mis ojos la ilusión flotar,
ni vienen las risueñas alegrías
sobre mi frente vívida á vagar.

Ya no tienen los pájaros arrullos,
ni aromas ni colores el Abril;
perdieron ya las aguas sus murmullos
y sus tiernos rumores el pensil.

No veo ya trás las flotantes nubes
en mágico y dulcísimo tropel,
tender sus blancas alas los querubes,
ensueños de la cándida niñez,

ni escucho en inocente desvario
las campanas del templo voltear;
todo ya triste, solitario y frío,
me habla de un mundo que á perderse vá.

Adios, mundo de aromas y colores;
sueños de gloria y de ventura adios....
volad al dulce hogar de mis amores,
llevadle mi postrera inspiración.

Mas no; yo siento en mí con viva lumbre
la llama eterna de el amor arder,
y mientras puro su fulgor me alumbre
un *mas allá* do reclinar la sien;
mientras la fé que mi existencia guía
resuena en mi dulcísimo laud,

y tus amantes besos, madre mía,
acallen mi dolor y mi inquietud,
yo cantaré con ilusión de niño
las alegrías del florido Abril,
los tiernos lazos que formó el cariño,
y de la infancia los ensueños mil.

Yo volaré donde la luz germina,
mi fatigada cítara á templar,
y beberé la inspiración divina
de la vida en el rico manantial.

Yo cantaré de la virtud la calma,
y la alborada de el perdido *Eden*,
los arcanos recónditos de el alma,
y el augusto reposo del *no-ser*.

Desciende, pues, oh noche, al alma mía
y apaga mi penosa juventud,
que aun enciende la fé mi fantasía
y resuena el amor en mi laud.

Yo leo de la luna en los reflejos
que aun arde tras los montes puro el sol,
y una eterna mañana, allá á lo lejos,
me anuncia con su nítido fulgor:

¡Ah! cuán dichoso si al tender el vuelo
á la patria inmortal del *sumo bien*,
puedo en tus brazos, con ferviente anhelo,
madre adorada, reclinar la sien.

JOSÉ TELLO Y CUBERO.

LA ERMITA.

En el valle está la ermita,
El sol se quiere ocultar,
Y á Dios ruegan los pastores,
Con dulcísimo cantar.

Pastorcillos, pastorcillos,
También pronto sonará
La campana de la ermita
Por los que van á enterrar.

DR. L. DE LA VEGA.

LAS MUJERES DEL SERRALLO.

Hoy que el torbellino revolucionario parece querer borrar de la faz de la tierra todo lo que recuerde existencias pasadas, parécenos que no será mirada con indiferencia la relación y descripción de una de las costumbres más distintivas de la manera de ser del imperio Otomano.

Vamos á ocuparnos, apoyados en noticias que nos han legado ilustres viajeros, del célebre Harem de Constantinopla, tal como se hallaba en el siglo pasado bajo el reinado de Adul-Hamid, padre del tristemente célebre Mahmud II. Pero antes parece conveniente advertir, haciendo una digresión en nuestro principal asunto, que la palabra "Serrallo" empleada por casi todos los escritores, como sinónima de *Harem*, significa en Turquía, palacio, vivienda, morada, posada, y no como se creó, un recinto destinado á las Sultanas, y esto se prueba con solo observar que hay en Constantinopla Serrallos de hacienda, de guerra y de marina, y que son los edificios en que se hallan establecidos dichos ministerios.

Mucho varia el asunto, empero, cuando se dice: el Serrallo del Sultan, que es como si dijéramos el palacio imperial. Este Serrallo es un mundo aparte, y una población separada dentro de la capital. El Serrallo, es entre los turcos el centro de la civilización Oriental, el foco de la felicidad materializada, el paraíso de los goces y de los deleites sensuales, el terrorífico, y á la par deseado edén inasequible á las miradas de la generalidad, y desde luego se echa de ver que al hablar así, nos referimos principalmente á lo que se comprende bajo el nombre verdadero de Harem, ó sea mansion del Sultan y de sus mujeres.

En el Serrallo habitan el Sultan, sus visires, sus mujeres, y sus esclavos guardados por un ejército de eunucos y soldados. En él viven encerradas todas estas personas en número de más de seis mil, sin comunicarse para nada con los de afuera, á quienes sino desprecian, por lo menos compadecen. Son tan fastuosas las costumbres que se adquieren dentro del Serrallo, que hasta el lenguaje tiene cierto carácter especial enriqueciendo su idioma con magníficas locuciones persas, y con hipérbolos árabes, patrimonio en otros países de las imaginaciones más ilustradas y de los ingenios más cultivados.

Más por costumbre que por ley fija y determinada, el gran Sultan tiene casi siempre cinco, y las menos veces siete mujeres; pero el número de esclavas es tan ilimita-

do, que la madre y los hermanos del Sultan, el gran visir, y los empleados del estado, se apresuran á ofrecer espléndidos presentes de esclavas al príncipe reinante.

Entre sus mujeres el título de Sultana lo obtenía aquella cuyo embarazo se declaraba antes, y de una manera oficial. Desde aquel momento, la Sultana gozaba de todos los honores y preeminencias anejas á su nuevo rango. Se la daba una elegantísima habitación separada de la de las demás, y una corte verdadera se formaba con las veinte mujeres que se destinaban á su servicio. Y hé aquí la manera de recompensar á las mujeres que habían servido de placer á los sultanes, y que habían sido repudiadas por estos las más de las veces por haber perdido la belleza y hermosura, de que en algún tiempo se hallaran dotadas. El cuidado de los tesoros, el de la ropa, el de las alhajas y la intendencia de los baños, servían para consolar á aquellas mujeres á quienes la vejez sorprendía en medio de los goces y placeres de la vida.

No son pocas de estas las que llegaban á convertirse en Odalik-Odaliscas, ó camareras, cuyas ocupaciones eran servir á la mesa á las mujeres, hermanas, hijas y sobrinas del Sultan, y cuidar de sus habitaciones.

Para el cuidado de tantas personas, era necesario un numeroso ejército, y esta necesidad vino á satisfacerse con el cuerpo de los *Costandjis*, cuya misión era la vigilancia del Serrallo y sus alrededores. Su jefe *Costandji-bachi*, tenía una autoridad ilimitada y era el encargado de dirigir la falúa del Sultan cuando este paseaba en ella. Entre los *Costandjis* se elegían unas compañías más adictas al Sultan, que se llamaban *assequis*, y eran las que acompañaban á las mujeres de aquel cuando salían del Serrallo.

En los artículos siguientes nos ocuparemos de los jardines y salones del Harem, de las costumbres de las mujeres del Sultan, y de las casas de campo de las sultanas.

FERMIN HERRAN.



EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO.

novela original

Escrita por Eduardo Feijóo y de Mendoza.

(Continuación.)

El general, atónito, contemplaba á la misteriosa viajera sin atreverse á pronunciar una palabra, como si temiese que al abrir la boca, desapareciese aquella encantadora aparición.

Había visto mujeres hermosísimas, pero ninguna de la belleza de la desconocida: esta encantadora mujer, era una de esas bellezas que solo se ven una vez en la vida, que llaman la atención á un pueblo entero, que atraen, que enamoran y seducen hasta hacer enloquecer. En su lánguida mirada se adivinaba una historia tristísima, y en su sonrisa cierto extravío, que la hacía aparecer un ser extraño y sobrenatural; pero nada sorprendía tanto como ver en medio de sus negrísimo y largos cabellos, algunas hebras plateadas, que representaban quizás un drama de su vida.

Tan hermosa y encantadora jóven, con algunos cabellos encanecidos decía mucho para el que se interesase en saber su pasado.

Suspensa estaba también la jóven en medio del camino mirando al general y sin acertar á darse cuenta de lo que había ocurrido.

De repente se llevó las manos á la cabeza, y al tocar sus hermosas trenzas, lanzó un grito y se cubrió el rostro con las manos.

—Perdone V. si la he quitado el sombrero y el antifaz, se apresuró á decir Ponce de Leon comprendiendo el motivo de su desesperación. El coche dió un vaiven terrible y quedó atascado; V. cayó desmayada en mis brazos... La saqué fuera y me fué preciso despojarla de tan incómodos atavíos para que respirase el aire libre y recobrase el uso de sus sentidos.

A pesar de la nobleza con que fueron pronunciadas estas palabras, la dama fijó en él los ojos con sombría cólera, y exclamó fuera de sí:

—¡Desgraciado! ¿qué ha hecho V? ¿y mi voto? ¿cómo se atrevió V. á quitarme el antifaz? ¿no sabe V., infeliz, que

nadie puede verme? ¡No sabe V. que estoy maldecida!

—¡Señora, por Dios! interrumpió Augusto apesadumbrado; ¿por qué esa extraña manía de encubrir un rostro de tan peregrina belleza?

—¡Mi belleza! repuso la jóven con exaltación, ¡mi hermosura! ¡ah! también á V. le llama la atención! ¿aun no causó bastantes desgracias mi infausta hermosura? ¡Míreme V., dijo con creciente delirio, ¡estoy vieja! mis cabellos han encanecido á los 25 años y todo por mi infernal belleza! ¡Dios mío! gritó mirando al cielo con dolorosa angustia: ¿tu justicia no estará aun satisfecha? ¿Será posible que yo pueda hacer más daño del que he hecho?

El general, atónito y anonadado, no sabía qué decir, pues creía habérselas con una loca rematada y á la que sería difícil tranquilizar.

¡Pobre jóven! pensaba, tan hermosa y con la cabeza trastornada: ¿cómo su familia la dejará viajar, así sola? Ahora veo que la careta, que tanto me chocó, no era más que un efecto de su locura.

—Sí, créame V. loca, murmuró la jóven que había leído en las miradas de Augusto las ideas que cruzaban por su mente. ¡Ojalá fuese así! ¡Ojalá que hubiese perdido la razón, antes de haberme manchado de sangre!

¡Sangre inocente, derramada por mi funesta hermosura!

Miraba la dama á Augusto con ojos tan extraviados, que á este no le quedó la menor duda acerca del estado de su imaginación. Y así acercándose á ella, la dijo con tono compasivo:

—Señora, tranquilícese V., se hará lo que V. quiera, se la pondrá el antifaz si lo desea; pero es preciso que me acompañe V. á aquella casa en donde se halla Mendez en busca de socorro.

—¡Es tarde! murmuró la dama tristemente, ¡es tarde! ¡Sí, ponerme la careta ahora, cuando ya está hecho el daño! ¡cuando hace un momento que me miraba V. con ese asombro, que tantas veces inspiré y tanto daño ha hecho! ¡oh! ¡estoy maldita de Dios! ¡nunca, nunca, me perdonará!

Al acabar de decir esto, acometió á la infeliz una convulsión terrible.

El general la cogió en brazos, y sin saber qué hacerse decía con angustiosa desesperación:

—¡Oh! hay curiosidades que más vale que no sean satisfechas: ¡pobre mujer! ¡desgraciado de mí! Llevo aquí un dardo empozoñado, añadió golpeándose el corazón, dardo que durará tanto como mi vida! ¡A mi edad, enamorarse de una mujer por haberla visto una sola vez. ¡Yo que me reía de los amores románticos que nacen de una mirada!

En aquel instante vino en su auxilio Mendez, que se acercaba con dos guardias civiles. Al ver á la jóven que se retorcia con horribles convulsiones, exclamaron los tres á una voz:

—¡Ah! ¡qué hermosísima mujer, pero cuánto padece!

—A ver si la podemos trasportar á una de las camas de la casa, dijo Mendez.

—Gracias, amigos míos, les contestó Ponce de Leon con gratitud; en efecto, padece mucho; ayúdenme Vds. á llevarla á la casa, que de seguro allí se pondrá mejor.

—¡Dios mío! exclamó el conductor, en este condenado viaje no me pasan más que desgracias; esa señora que tanto se me encargó en tan deplorable estado, ¿cómo daré cuenta de mi comisión?

El general le dirigió una severa mirada, y le dijo con autoridad:

—Mendez, hable V. menos y obre más; llevemos aquí al momento á esta desgraciada señora.

Al acabar de decir esto cubrió su cabeza con la punta del abrigo, con el ademán tierno y solícito de un hermano.

La incógnita fué conducida con el mayor respeto á la casa de los guardias.

CAPÍTULO V.

AUGUSTO PONCE DE LEÓN, CONVERTIDO EN ENFERMERO.

En la casita de la guardia civil, en un lecho pobre, pero aseado, se halla acostada la dama del antifaz de terciopelo. A su cabecera se ve sentado al general Ponce de Leon, á los pies el conductor y una mujer que afanosa trae vinagre y sales.

—Puede V. retirarse, buena mujer, la dice Augusto; déjeme V. esas sales y váyase á sus quehaceres, que Mendez y yo veremos de cuidar á esta señora.

La mujer hizo una reverencia y salió.

El general cerró la puerta, se sentó otra vez al lado de la enferma y dijo al conductor:

—Mendez, ahora que estamos solos, pues esa mujer no

hacia mas que mirarnos con ávida curiosidad, parece que respiro mas libremente. Esta pobre señora luego debe volver en sí, pues ya pasó el parasismo y ahora solo tiene un simple desmayo. Debemos de ponerla esa careta, pues es una necesidad para ella.

—¿Qué dice V. E! exclamó el conductor con sorpresa; este terciopelo debe ahogarla é impedirle respirar con libertad.

—Tiene V. razon, amigo mio, repuso sonriéndose Augusto, pero esta señora padece, ó mucho me engaño, alguna enajenacion mental á intervalos. Se conoce que una de sus manías dominantes es llevar cubierto el rostro, y si vuelve en sí y se halla sin el antifaz puede repetirse la crisis.

—¿Será posible! dijo con asombro Mendez, ¿con que esta dama está loca, ¿pues y cómo me las arreglaré yo con ella! ¿pobre de mí! qué comision tan endiablada me dieron.

El "amigo mio" lo acentuó tanto la viajera, que el general se estremeció de placer y la dijo con emocion:

--Señora, el conductor y los guardias están arreglando el coche; ¿quiere V. apoyarse en mi brazo y dar un paseo por el camino? Aunque esté mojado, ahora no llueve y el aire la sentaría á V. bien.

—No puede ser, contestó la incógnita con agitacion, no ve V. que mi extraña máscara llamaria la atencion.

—Es verdad, respondió Augusto que se guardó bien de decirle que ya la habian visto.

—General, V. me cree loca, repuso la viajera con voz grave, tras algunos instantes de silencio, ó al menos atacada de una mania, ¿no es cierto?

Ponce de Leon se puso colorado, y guardó silencio, pues los ojos de la dama parecian querer leer en el fondo de su corazon.

—¿Bien lo veo, añadió ella con amargura! y sin embargo, cuánto se engaña V! ¡Voy á probarse con dos pala-

—¡Imposible! prorumpió Augusto con pasion; tan hermosa y jóven, no puede V. hacer la locura de sepultarse en un cláustro: dentro de un año tal vez pensará V. de otro modo.

—Aseguro á V. que no, dijo la jóven con frialdad; encontré en el mundo hartas mentiras y causé bastantes desgracias, para que no aborrezca sus pompas y vanidades.

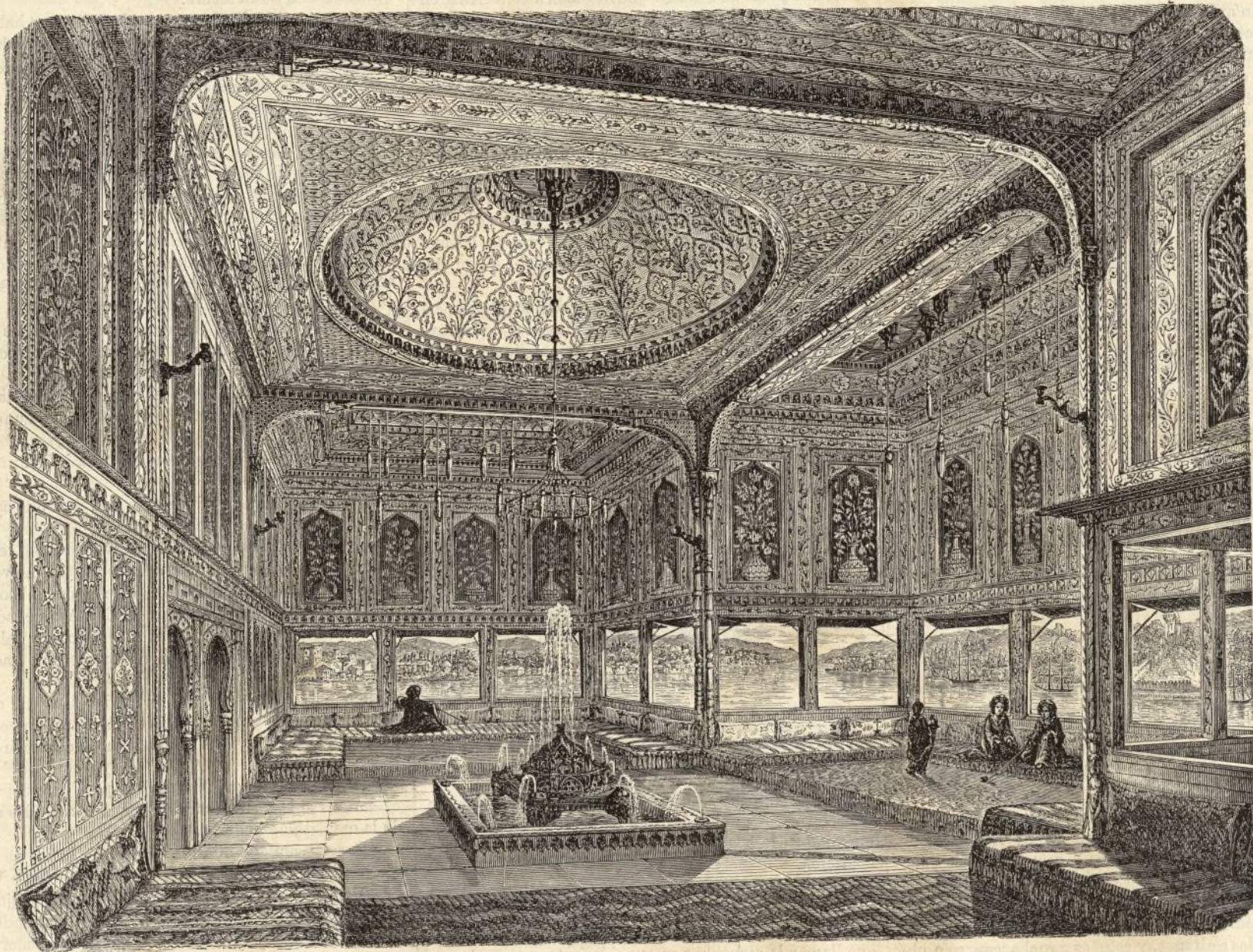
—V. obedece sin duda á la obcecacion del momento.... objetó Augusto.

Pero la dama le interrumpió diciendo con tono de indefinible tristeza:

—Dejemos esta conversacion... Si V. conociera mi historia, comprenderia los motivos que me impulsan á obrar de este modo.

En aquel momento entró Mendez y cortó una conversacion que iba haciéndose peligrosa para ambos.

—Señores, dijo con la mayor alegría, el coche ya está



INTERIOR DEL HAREM.

—Siempre será V. un necio hablador, interrumpió con enfado Ponce de Leon: ¿quién le dice á V. que esta señora está loca? Es una cosa bien distinta lo que yo he dicho; pero... añadió con mas dulzura, el necio soy yo y no V., que me pongo á explicarle lo que no ha de comprender. Ayúdeme V. á ponerle el antifaz y vaya á ver si arreglan el coche, pues ya hace más de una hora que estamos aquí.

—Perdone V. E. si le ofendí, contestó humildemente Mendez, y protéjame por Dios, pues me van á echar una terrible multa por esta detencion.

—Tranquílcese V. que ya lo arreglaré yo. A ver si incorporamos á esta señora.

El general y Mendez sostuvieron á la dama y le pusieron el sombrero y la careta. Agitóse ella, exhaló un suspiro y abrió lánguidamente los ojos.

Augusto hizo una seña al conductor, y este salió de la estancia.

Apenas vuelta en su acuerdo llevó la dama rápidamente sus manos á la cabeza y al rostro, y al tocar el sombrero y el antifaz pareció tranquilizarse. Entonces fijó sus miradas llenas de sorpresa en el general, como si quisiera preguntarle qué es lo que habia sucedido.

—¿Está V. ya mejor, señora? la dijo él con tierna solitud.

—¡Oh! sí, gracias, amigo mio, por sus cuidados! murmuró la jóven.

bras! En este momento tengo puesto el sombrero y el antifaz y hace una hora estábamos V. y yo en medio del camino, yo con la cabeza y el rostro descubiertos y V. mirándome sorprendido.

—Señora.... dijo el general confuso, yo me admiraba de la hermosura de V., superior á lo que he visto en mi vida.

—Silencio, interrumpió la viajera con tono solemne. ¡Por piedad! no me hable V. de mi belleza ó volveré á delirar. ¡Oh! no se extrañe V. de verme con este antifaz puesto, no es locura, no, es un voto, voto terrible, que me obligó á hacer una historia de lágrimas y desdichas.

Doy á V. mil gracias por sus cuidados y atenciones, atenciones que yo conservaré grabadas en el fondo de mi corazon, y que en el retiro adonde me dirijo, me servirán de consuelo por haber hallado algun afecto desinteresado.

—Todo lo que yo puedo desear, señora, es que V. me dedique algun recuerdo, dijo el general con emocion. En cuanto á ese retiro de que V. me habla, no será tan impenetrable que no puedan verla sus amigos, aun cuando sea un convento.

—En efecto, caballero, un convento es, lo acertó V., y en él no pienso dejarme ver de nadie. Allí al menos podré andar entre mis hermanas, con el rostro descubierta; mi presencia no causará males; allí viviré tranquila sino feliz.

listo, me engañé felizmente al creer que tenia una rueda rota, pues no estaba mas que atascada. Cuando Vds. gusten podemos marchar.

—Hágale V. aproximar aquí, contestó Augusto.

—Está ya, mi general.

—Pues entonces, vamos señora.

La viajera se incorporó y apoyándose en su brazo con graciosa indolencia, se dirigió al coche.

Augusto dió á la mujer del guardia una rica sortija y siguió á la desconocida.

CAPÍTULO VI.

TRISTE DESPEDIDA.

En el tiempo marcado por el gobierno, llegó á la Coruña el coche-correo, que conducia á nuestros amigos; el general Ponce de Leon y la misteriosa viajera.

Desde la tarde en que se atascó el carruaje, le fué imposible á Augusto traer la conversacion al terreno que deseaba, esto es, que la dama del antifaz, le diera algunas explicaciones sobre sus extrañas palabras.

Varias veces trató de informarse de su pasado, pero nada pudo conseguir, pues cuando se trataba de ese particular, la dama le imponia silencio con dulzura y Ponce de Leon quedaba en las mismas dudas: mas ¡ay! pronto



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II, 3

conoció que ya no era tan solo la curiosidad la que le impulsaba á desear saber la vida de aquella extraña criatura, sino otro afecto que empezaba á germinar en su corazón.

Ella seguía rigurosamente encubierta como á su salida de Madrid y sirviéndola las comidas en el coche; pero á pesar de esto el general no podía desear de su mente que la había visto hermosa y encantadora, cual una aparición fantástica: y ¡cosa extraña! el hombre de hierro que solo vivía para los combates, que nunca se había cuidado de la belleza de la mujer y que todo su afecto íntegro y puro lo había reconcentrado en sus padres y Ernestina, se olvidaba de su inmenso cariño fraternal para dedicar todo su pensamiento á una mujer que había visto una hora y hablado tres días, y eso poco. En una palabra, el general Augusto Ponce de Leon estaba perdido y enamorado de la misteriosa viajera.

Inútilmente echaba mano de todo su filosófico criterio para decirse así mismo que era un loco en amar á una mujer que no sabía si sería digna de su amor, y de la cual hasta ignoraba el nombre, y que al juzgar por las apariencias, su vida no parecía de las más puras: más ¡ay! nada conseguía, sino enardecerse mas y mas, queriendo con la efusión tierna y sincera con que se ama la primera vez, única en la vida en que este sentimiento es desinteresado en el hombre, pues las demás siempre lleva miras egoístas ó de vanidad, y muchas veces de capricho.

Ponce de Leon amaba con toda la vehemencia de un primer amor y del que siente sus primeras ilusiones; hombre formal, sin haber sido jamás jóven, sin tener ninguna

de las coqueterías de la adolescencia, ni de los ardores de la edad viril.

Por eso amaba locamente por primera vez, á los 35 años, cuando los más de los hombres han gastado sus facultades morales y aun físicas.

Sin haber sabido jamás lo que era disimulo, se estre-

so silencio á mis preguntas; pero hoy no callaré, ¡no! V. va á marcharse, Dios sabe adonde, y yo quiero antes expresarla lo que siente mi alma.

—¡Gran Dios! ¡qué va V. á decir? preguntó la dama aterrada.

—La verdad, nada más que la verdad, señora, dijo

Augusto con voz resuelta. Me dispensará usted si no la hablo con la elegancia y la delicadeza de uno de esos dandys del gran mundo, que de nada se ocupan más que de la galantería, y que como la mariposa vagan de flor en flor, sin detenerse en ninguna. Señora, yo me eduqué en el ejército desde la edad de 12 años, que empecé mi carrera de cadete, hasta la de 35 que tengo hoy y en que la bondad de S. M. me hizo su "mariscal de campo." Mis galanteos fueron las armas, mis bailes y sociedades el combate; no soy más que un buen soldado lleno de verdad y franqueza, ruda tal vez. Hasta que la conocí á V., todo mi cariño lo poseyó mi familia, hoy de ella solo me queda una hermana á la que amo



PORTADA DE LA CAPILLA DE SAN JORGE EN LA AUDIENCIA DE BARCELONA.

meció al divisar los empavesados buques que se veían al entrar en la Coruña, y dijo á la incógnita con voz llena de emoción y sentimiento:

—Señora, en vano será que hoy trate V. de imponerme silencio como otras veces: ya divisó las torres de la Coruña. Vamos á separarnos y yo quiero saber cuándo volveré á verla á V.

—¡Verme á mí! exclamó la dama con espanto: ¡qué dice V? eso es imposible, me retiro del mundo, ya se lo he dicho á V., la primera y única vez que tocamos esta cuestión.

—Sí, la primera y única, ¡es verdad! V. siempre impu-

delirio. Ignoro, créalo V., cómo se hace una declaración amorosa porque jamás hice ninguna, y sin embargo, yo la amo á V. con todo mi corazón, con toda mi alma, alma virgen y que no está gastada, y ahora señora, ¡quiere V. que no sienta el separarme de V?

—General, dijo la dama con tono solemne, tendiéndole la mano y como si sintiese un dolor agudo por lo que acababa de oír. Lo que en otro hubiera yo calificado de una burla de mal género, en V. lo creo la efusión y el afecto de un corazón noble.

Augusto, le conozco á V. más de lo que presume, y estoy persuadida de que me ha dicho V. la verdad.

Amigo mio, yo no puedo amar á nadie ya, he causado muchos males y desgracias, y la persona á quien profesé algun afecto la hice desgraciada. Contamino cuanto aprecio, y basta mi presencia para causar desastres: ¡oh! V. no sabe cuán desgraciada he sido y cuántos hice infelices! Déjeme V. por su bien, se lo ruego, pues en pos de mí vá la maldición de Dios.

—No importa, exclamó Augusto con pasión, ámeme V. un poco; nada más que un poco, ¿y qué se me da de lo demás?

—General, no sea V. loco, repuso aun con mayor dulzura la viajera... No se ilusione V. de una quimera, de un imposible. V. no me conoce, solo me vió un momento, y nada sabe V. de mí. V. ignora si mis prendas morales son como las físicas. Al manifestarse V. tan encaprichado por mi belleza, ¡belleza fatal! me demuestra que es un hombre vulgar, que solo se ocupa de la hermosura del cuerpo y nada de la del alma.

—¡Oh! en V. todo tiene que ser tan bello como su rostro; la hermosura de la virtud debe adornarla, lo mismo que la del talento.

—¿Y si se engaña V.?

—¡Imposible! ¡imposible! exclamó Augusto con creciente delirio; y bien, buena ó mala, de talento, ó necia, yo la amo á V., la amo con pasión.

—¡Terrible blasfemia! dijo la dama con severidad, y luego añadió con mas dulzura. General no seamos niños, dejemos esa locura, V. no me ama, no puede amarme, puesto que ni me conoce, ni me trata; comprendo, es verdad, que está V. encaprichado, pero nada mas; á los dos dias que V. no me vea se olvidará de mí.

—¡Nunca, jamás, la primera impresion no se borra!

La dama movió la cabeza con aire de duda, y dijo con indiferencia:

—General, si V. me profesa algun afecto verdadero, le ruego á V. como un favor, que lo olvide, y en cambio acepte mi sincera amistad.

—¡Amistad! fria compensacion al inmenso amor que por V. siento!

—Nada más puedo á V. ofrecerle, dijo dolorosamente la incógnita; por desgracia, aun cuando no fuese monja, existe entre los dos un abismo.

Augusto quedó aterrado con las últimas palabras de la dama, y nada se atrevió á decir.

En aquel momento llegaron al parador del coche-correo, en la calle de Acevedo. La viajera salió del coche de camino, para entrar en otro que la esperaba, estrechando desde él con efusion la mano del general.

—¿Cuándo la veré á V., aunque no sea más que como un amigo?

—¡Nunca! contestó la dama; amigos desde lejos.

Al acabar de decir esto, el carruaje que la conducía partió con presteza.

CAPÍTULO VII.

INVESTIGACIONES INÚTILES.

Ocho dias hacia que el general Ponce de Leon se habia separado de su extraña compañera de viaje.

Durante este tiempo no habia dejado rincón de la ciudad vieja, y nueva, que no recorriese en busca de su hermana; pero sus diligencias fueron inútiles. La dama que le habian indicado y que vivia en la calle de Acevedo, no era Ernestina sino una hermosa y rica viuda americana, que solo tenia una ligera semejanza con ella. En aquellos dias en que su cariño fraternal le distrajo, logró Augusto, sino desterrar de su corazón á la incógnita, pues eso era ya imposible, al menos mitigar un poco su recuerdo. Mas cuando comprendió que su viaje habia sido inutil, que su hermana no parecia, y que iba á pasar su vida solo, siempre solo, entonces un arranque de su poderosa voluntad le hizo pensar con ahínco en acercarse á la dama del antifaz de terciopelo, por cima de todas las dificultades y aun imposibles. Su amor, que su cariño de hermano lograra adormecer un momento, volvió con mas pasión hácia su misteriosa beldad, acrecentado por la dificultad misma que le separaba de ella. ¡Oh! nada existe para aumentar el amor, como los obstáculos, porque hacen convertir á este en pasión, y la pasión en delirio.

El general, resuelto á arriesgar el todo por el todo, se presentó cuatro dias seguidos en el convento de Santa Bárbara, pidiendo hablar á la incógnita; pero siempre se le contestó que no se podia ver á aquella dama. Súplicas, ruegos, amenazas, todo fué inutil, y Ponce de Leon se retiró la última vez desesperado.

Aquella mujer tenia casi loco á Augusto; en una sociedad, le hubiera llamado la atención por su hermosura, pero la hubiera olvidado á los tres dias; pero de la extra-

ña manera que la habia conocido era imposible no amarla con delirio, pues todo en ella era adorable y misterioso.

Ponce de Leon sentia un terrible desaliento; hombre de gran voluntad, de nada le servia; no encontraba á su querida hermana y la primera mujer á quien amaba huía de él tenazmente. Cosa era de perder el ánimo y la cabeza, pero el general tenia corazón y cabeza, y apeló á un recurso supremo, que fué escribir á la mujer á quien amaba la carta siguiente:

«Señora, cuatro dias consecutivos fui á ese convento, ansiando verla y hablarla; mas siempre se me contestó que V. no queria dejarse ver de nadie. En este conflicto, y persuadido de que V. no quiere recibirme, apelo al último recurso, que es dirigirla esta carta, la que tal vez no tenga contestacion. A pesar de esto, yo quiero intentar todo lo posible por acercarme á V.

«Señora, á la Coruña me trajo un noble y santo objeto, que no pude conseguir; la casualidad me hizo conocerla á V. para amarla con toda mi alma. Ignoro si este amor me hará feliz, no sé lo que la suerte me deparará; pero de cualquier modo, bendigo el momento en que la ví á V. y que por la primera vez latió mi corazón á impulsos del amor. Señora, mi amor es tan grande, tan inmenso, que me hace arrostrar por todo y ofrecerla á V. cuanto soy, y lo que valgo.

«Tengo 35 años, poseo algunos bienes de fortuna, soy Mariscal de Campo de los Ejércitos de S. M., ¿quiere usted aceptar mi mano?

«Soy solo, libre é independiente, pues de mi familia solo me habia quedado una hermana, que por desgracia habrá muerto; dos años hace que desapareció de mi lado, y la busqué con afán sin encontrarla, por lo que creo que dejó de existir.

«No juzgue V. mi ofrecimiento, hijo de la poca reflexion; lo tengo meditado, no la conozco á V., es verdad, mas ¡qué vale! La creo una mujer noble y digna, ¿qué me importa lo demás?

«Que sea V. noble, ó plebeya, rica ó pobre, la daré un nombre sin mancha, y tengo la seguridad que V. no lo infamará. Señora, mi amor no es una mentira, pues la doy á V. cuanto el hombre puede dar, y solo la ruego acepte, que será el favor mas grande que V. haga á su apasionado Augusto.»

Como se ve el general estaba enamorado hasta la locura, pues ofrece á una mujer que no conocia su nombre y su mano, era á su parecer una cosa muy natural.

La contestacion de la misteriosa dama no se hizo esperar. El general la recibió á los tres dias, y con ella un voluminoso lio de papeles.

La carta de la jóven decia así:

«General, es V. el hombre mas noble y digno que he conocido; pues solo un caballero de la Edad-media podia hacer lo que V. hace, que es ofrecer á una mujer desconocida su mano y su nombre.

«Augusto, mil y mil gracias por su noble deseo, pero no, no lo acepto; no soy una aventurera, como se me debe juzgar á primera vista, mas ¡ay! tampoco soy una mujer irreprochable.

«Mas, señor, figúrese V. por un momento que yo fuese una aventurera atrevida, que me rodease de todo este misterio para enganar á algun incauto, ¿no hubiese V. caído en mis redes?

«Nada de esto soy, amigo mio, sino una pobre mujer que desea vivir sola é ignorada, porque tiene gravísimas culpas que purgar. Augusto, V. fué tan caballero y noble conmigo, que me impele á darle á conocer mi vida; ese legajo que le envío, y que escribí para V., le dirá toda mi trágica historia, y por ella se convencerá de que tengo muchas faltas que echarme en cara, y de que no soy digna del amor de un hombre como V.

«General, perdóneme V. todo el daño que hice á una persona de su familia, y á quien V. ama tanto, y tranquilícese respecto á ella. Hablo de su hermana Ernestina, que vive, y es célebre, ya que no feliz.

«Al leer mi historia, no me desprecie V., y este es el único favor que le pide Magdalena.»

Ponce de Leon, atónito, rompió el legajo, y leyó lo que sigue.

FIN DE LA INTRODUCCION.

PRIMERA PARTE.

Memorias de Magdalena.

CAPÍTULO I.

MI ENTRADA EN EL MUNDO.

Tenia 18 años cuando salí de un colegio de Francia, en donde me he educado. Hija única de un opulento comerciante de Salamanca, perdí á mi madre al nacer, y mi padre infatuado con mi belleza, quiso darme una educacion superior á su clase. Desde los 10 años hasta los 18, permanecí en un colegio de Paris, donde me enseñaron la mú-

sica, el dibujo, el idioma frances, el inglés y el italiano, y finalmente el baile; pero muy pocas labores de mi sexo, y ninguna virtud. Mi padre era riquísimo, y me adoraba, y por ese motivo yo era la señorita mas lujosa del colegio.

Los regalos á la directora y sus hijas no escaseaban, por lo que yo era la reina de la pension. ¡Ah! desde mi mas tierna infancia he sido mimada, adulada y acostumbrada á salirme con todos mis caprichos, y si bien sobresalia en lo que se me enseñaba, consistia en que tenia natural disposicion, pues por nada del mundo la directora me hubiese reprendido en lo mas mínimo, porque esto le estaba severamente prohibido por mi padre.

Esta educacion tan perniciosa, amigo mio, tenia que traerme funestas consecuencias.

Cuando mi padre pensó que mi educacion estaba concluida, fué á buscarme á Paris, y me trajo á Salamanca. Yo lo encontraba todo detestable, y no sabia hablar mas que de mi colegio, en términos de fastidiar á mi buen padre, para que se deshiciese del comercio, realizase sus capitales, y nos fuésemos á vivir á Francia. A pesar de lo mucho que me queria, no accedió á mi peticion, porque serios intereses le detenian en Salamanca, y no queria deshacerse de su comercio que le habia enriquecido, y al que tenia cariño. No es posible explicar lo que á mí me sonrojaba el ser hija de un comerciante, y todos mis millones los hubiese cambiado por algunos rancieros pergaminos; el mal sistema de mi educacion, hacia que me avergonzase de mi clase, pues acostumbrada á tanta elegancia, no podia tolerar el saber que en mi casa, lo mismo se vendia una pieza de terciopelo, que una vara de encaje.

Por fin á fuerza de trabajar mucho, conseguí que mi padre no bajase al comercio, y lo dejase todo en manos de un dependiente, que por suerte era íntegro. El pobre señor se aburría de no hacer nada, y me decia: «Magdalena, hija mia, ¿por qué no me dejas vivir á mi gusto? ¡y vive tu al tuyo! yo no te impido que tengas carruajes, trajes, alhajas, y palco abonado en el teatro: en fin, todo lo que quieras, pues eres jóven, hermosa, y deseas brillar; mas déjame tú á mí el comercio, que es mi distraccion; á él debo el que seas la jóven mas rica de la provincia. Porque, añadia con orgullo, «tienes tantos años como millones de dote, hija mia, diez y ocho millones es una cosita decente, y nada tiene de particular que profese yo cariño al comercio.»

Yo al oírle fruncia el ceño disgustada, y él tan bondadoso cedia á todo. Esta indulgencia extremada fué la que me perdió, unida á mi mala educacion.

¡Oh! amigo mio, á los 18 años era una niña hermosísima. Entónces no estaba enferma, no tenia canas, mi corazón estaba puro, luciendo en mi rostro el color de la salud, y la belleza de la primera juventud, ó mas bien de la adolescencia. Tan grande era la hermosura que yo tenia, lo digo en este momento sin vanidad, que parecia que la naturaleza se habia empeñado en formarme linda hasta la idealidad.

Cuando me presentaba en los paseos, en las reuniones, en el teatro, ó los bailes, y aun al asomarme á una ventana, atraía las miradas y la admiracion de todos. No eran solo los jóvenes, tambien los ancianos y las mujeres participaban de aquel encanto con que yo seducía á las gentes. Ellas, particularmente, me dirigian miradas de asombro, que no estaban exentas de envidia; pero comprendiendo que no les quedaba otro recurso que bajar sus rencorosos ojos cuando yo pasaba.

Mi padre me idolatraba y me llamaba cariñosamente «su hermosa reina, su bella sultana.» En términos que yo llegué á figurarme que era el colmo de la perfeccion, creí que era una cosa superior á todo lo humano: una vanidad terrible se apoderó de mí, vanidad que fué la causa de todas mis desdichas.

Yo desgraciadamente no habia tenido madre que me corrigiese; mi educacion habia sido detestable, y pensaba que con ser bonita tenia todas las bellezas del mundo. Para mí las dos admirables hermosuras de la virtud y el talento, eran cosas que no comprendia, ¡Virtud! talento! expresiones vacías de sentido para mi necesidad.

Sin una instruccion seria, que me librase de la vanidad, llegó ésta á ser tan grande, que era una frenética pasión. Deseaba atar á mi victorioso carro de beldad invencible á todos los jóvenes de la ciudad, y casi siempre lo conseguia; porque el hombre no se ocupa mas que de frívolas apariencias, nada de verdades.

(Se continuará.)

REVISTA QUINCENAL.

Madrid de noche: hé aquí un título que no recordamos haber visto aplicado á ninguna novela ni pieza dramática, y que sin embargo nos parece tan aceptable como otro cualquiera, y mas verídico que muchos de los que en grandes letras encabezan los carteles que tapizan las es-

quinas de la muy noble, muy leal y muy heroica villa y corte de las Españas.

Madrid de noche puede y debe llamarse esta reunion de seres que, durante dos meses por lo menos, no asoma su faz á la luz del dia por miedo de quedar convertido, sino en estátua de sal como la esposa de Lot, por lo menos en informes masas de carbon; tal es la riqueza de rayos, no de oro sino de fuego, con que nos favorece el rubio Apolo paseando diez y seis horas cada dia su fulgente carro sobre nuestras cabezas, ó mejor dicho sobre los calcinados techos de nuestras casas.

Por esta calorósima razon, Madrid parece una ciudad fantástica habitada de dia solo por sombras mudas que cruzan rápidamente sus anchas calles, buscando la estrecha cinta sombría que proyecta sobre las aceras el volado de los balcones. El amigo no saluda al amigo: el pollo almirado, ni el viejo libertino no se detienen para decir piropos á las alegres modistas; ni estas se paran ante los escaparates para mirar de soslayo al galan que las sigue: todos huyen del enemigo comun, el calor. Mas llega la noche y la decoracion cambia por completo. Las espaciosas avenidas de la coronada villa son harto estrechas para contener á los muchos transeuntes que por ellas circulan, van, vienen y se agitan: centenares de carruajes ensordecen con el continuo rodar: los vendedores llenan el aire con sus gritos: las tiendas se iluminan, dejando ver el lujo en sus múltiples manifestaciones: en los balcones, en los paseos, en los teatros, en los circos, en los elegantes cafés, donde quiera que se vuelve la mirada, se ven mujeres hermosas y elegantes: pollos y gallos llenos de gentileza, grupos de alegres niños que rien, juegan y hacen amar la vida con sus infantiles gracias: todo, en fin, cuanto constituye el movimiento y animacion de la metrópoli del pueblo mas meridional del globo.

Apenas el dios de dorados cabellos hunde su frente tras las nevadas cumbres del ceñudo Guadarrama, cuando como niños que pierden de vista al maestro, todos los madrileños dejan sus nidos y se lanzan presurosos en busca del placer, sin escoger el sitio, á la ventura, en donde quiera que hay fresco, árboles, enramadas, música, ruido, animacion, algo que ver ó que oír. Por eso hemos dicho que á la capital de España pudiera llamársela en el estío Madrid de noche, porque de dia casi no existe.

Mucha es ya la gente de buen tono que ha salido de la corte; mas aun así no falta concurrencia para todos los espectáculos.

Terminada la ópera en el Circo de Madrid, en donde entre paréntesis, no llegó á cantar Tamberlike, dió principio la Zarzuela con una en dos actos titulada: *Liquidacion social*, cuyas representaciones continúan aun en esta fecha. El libreto es original de Santisteban, autor que, en el estilo bufo, no carece de gracia é intencion. El asunto, segun lo indica su título, es una crítica picante y graciosa de las ideas disolventes que parecen estar á la órden del dia entre esos utopistas que predicán el exterminio de la santidad; y como está desenvuelto el pensamiento con bastante ingenio, obtuvo un éxito por demás lisongero. La música es como toda la que se aplica para tales libretos, ligera é insignificante; ni tampoco podria pedirse otra cosa, pues la zarzuela, tal como en España la hemos comprendido, ni sería ni bufa, no puede dar cabida á composiciones musicales de importancia. Para completar la funcion se está poniendo en escena el baile fantástico *Flama*, del que ya nos ocupamos el verano anterior cuando se estrenó: además se habla de otros nuevos de grande espectáculo que aun superarán á los tres que de este género se han dado en el lujoso Circo, á saber: *Grechen*, *El espíritu del mar*, y *Flama ó la hija del fuego*; pero como quiera que estos espectáculos son muy costosos para las empresas, creemos que lo retardarán todo lo posible.

Al elegante Circo de Madrid sigue en importancia el teatro de verano sito en los jardines del Buen Retiro, el cual es el punto de reunion de la sociedad de buen tono, las noches que deja vacantes el Concierto: de modo que entre estos y las zarzuelitas allí representadas, puede decirse que en los jardines del palacio de San Juan reside hoy la verdadera corte de España, tanto mas cuanto que rara es la noche que no asisten los reyes, ya al concierto, ya á las representaciones. Las novedades de este espectáculo están reducidas á la zarzuela semi-bufa, titulada *El príncipe Lila*, y á una piececita arreglada del francés con el título de *El baron de la castaña*. Las dos han agradado bastante.

Otro punto de reunion que tambien está muy concurrido en estas últimas noches es el Circo ecuestre, en el que llaman la atencion, además de los niños que toman parte en la representacion de la *Cindarella*, dos artistas coreográficos Mlle. Lamoureux y Alfredo Soria: estas dos notabilidades en el arte de *Terpsicore* han hecho su salida en el baile titulado *Grasiella* que ha gustado mucho, y cada dia es mas numerosa la concurrencia.

Además de los espectáculos ya citados y que pueden considerarse como de primer órden, restan aun para solaz y entretenimiento de los bien aventurados habitantes de esta nueva Jauja, otros cuatro teatros de menos importancia, á saber: Salon de Capellanes, en donde se representan zarzuelas, comedias y dramas, y además se baila el Cancan; Teatro de la Infantil, en donde se baila el Cancan, y se representan dramas, comedias y zarzuelas; Teatro de Rossini, sito en los Campos Eliseos, en donde se cantan zarzuelas, se declaman comedias mas ó menos edificantes, y se baila de todo: Teatro de Variedades, en el cual Md. Benita Anginet hace las delicias de sus favorecedores con sus habilidades en el difícil arte de la prestidigitacion; Teatro de Verano en el paseo de Recoletos, en el que se dá horchata y comedia, chocolate y zarzuela, bistek y drama, todo por lista y á eleccion. Con mas ciento ochenta cafés alumbrados, regados y adornados con fuentecillas, surtidores y macetas, amén de la orquesta en unos, la representacion en otros, y el piano en los restantes. Mal contentadizos seríamos por lo tanto, si aun encontrásemos á Madrid falto de atractivos; y no puede menos de parecernos el colmo de la ingratitud el afan con que muchas familias se apresuran á dejar las empolvadas y arenosas orillas del Manzanares, para buscar las frescas y verdes playas del Océano; pero es necesario ante todo tener filosofía y tomar á la humanidad tal como es.

Hemos procurado, bellas y amables lectoras, amenizar en lo posible esta revista; pero por muy buena que sea nuestra voluntad, y muy grande el deseo de complaceros, la verdad es que nada notable tiene lugar hoy en Madrid que merezca la pena de llamar vuestra atencion; porque todo cuanto dejamos citado, son cuando mas espectáculos para niños, sin otro interés que el de matar algunas horas, olvidando el fastidio que durante el dia nos produce el calor.

Como España es el país de los proyectos y Madrid el resumen de España, desde que los teatros de primer órden cerraron sus puertas, comenzaron á circular los que se hacian para la próxima temporada; y nada menos que esta larga lista compone los títulos de las obras con que, segun los periódicos, cuenta la empresa de Jovellanos: *Un motin contra Esquilache*, histórico, original de los señores Retes y Echavarría, música de Arrieta; *Sueños de Oro*, de Larra y Barbieri y *La vida de César*, de Larra y Caballero: *La bola negra*, drama lírico, de Zapata y Aceves: *El tributo de las cien doncellas*, ópera cómica, de Santisteban y Barbieri: *Esperanzas*, balada lírica de Ramos y Cereceda: *La Creacion*, zarzuela cómica de Rodriguez y Rogel; y además varias otras que parece están escribiendo para el mismo teatro los señores Ayala, Puente y Brañas y otros conocidos autores. Resúmen: si algunas de estas obras gustan mucho, el resto se queda en cartera, pues ya se sabe lo aficionados que son los señores empresarios á las repeticiones: de modo que para que se estrenen todas es necesario que todas sean malas.

En el teatro Español actuará una compañía muy completa, segun nuestras noticias, pues en mujeres cuentan con Teodora Lamadrid, Elisa Boldun, Josefa Hijosa y Cándida Dardalla, todas de primer órden: y en cuanto á los hombres, si no tan brillante, es tambien bastante aceptable la lista, que se compone de Vico, Morales, Zamora, Pizarroso y Parreño. Si las producciones son buenas, será una campaña gloriosa, y el arte comenzará á cobrar parte de su perdido esplendor. Del Circo, á cuyo frente estará Catalina, hasta tanto que se halle terminado el nuevo teatro de La Fortuna, nada hemos visto ni en los periódicos, ni nada se dice en los círculos literarios; pero es de suponer que continuará la misma compañía, y contarán con obras de García Gutierrez, Hurtado, Marco y otros autores de su confianza.

Los conciertos verificados en el Buen Retiro han sido sumamente notables, pues ya creemos haber dicho que en sus frescas arboledas se refugia por las noches toda la elegancia madrileña. Se han tocado sinfonías de indisputable mérito, fantasías muy bien hechas sobre motivos de las óperas mas conocidas, y algunas piezas clásicas, que han merecido los honores de la repetición.

Así es que cada dia es mas numerosa la concurrencia. Nada hay en efecto tan grato como sentarse entre el verde follaje en una noche serena de estío y contemplar el cielo al compás de una música deliciosa.

El Ateneo artistico-literario aun no ha dado por terminadas sus reuniones. En la última la música es la que con preferencia ocupó y amenizó las horas de la *soire*, mientras que en las anteriores solian leerse bellísimas composiciones de los Sres. Grilo, Campo Arana, la Sra. Simues y otras. Los concurrentes han hallado ese vacío por mas que hayan salido muy complacidos.

Los señores de Ayguals cerraron ya sus salones terminando por ahora las veladas.

Ayuntamiento de Madrid

Una reunion de verdadera importancia ha sido la que tuvo lugar en una de las últimas noches del pasado Junio. El conocido editor Sr. Guijarro reunia en Lardhy á todas las notabilidades literarias para discutir las condiciones que debía tener una obra de que se están ocupando varios de los mas concienzudos escritores, *Las mujeres españolas, portuguesas y americanas*. El banquete fué de los mas espléndidos, y se pronunciaron discursos apologeticos de la mujer, por Castelar y otros oradores. Se encontraron conformes en la esencia del pensamiento hombres de ideas tan opuestas como Castelar y Villoslada; y todos á una voz aplaudieron la idea que ha presidido á la redaccion de la obra, estando conformes en que era necesario colocar á la mujer en el lugar que la Providencia la tiene señalado en la sociedad y en la familia; y que para ello era asimismo necesario alentarla con grandes y sublimes ejemplos al cumplimiento de los altos y sagrados deberes que, para llenar su cometido, tiene que imponerse.

Insensiblemente hemos llegado á engolfarnos en los proyectos literarios, y ya que de esto se trata pasaremos revista á las nuevas publicaciones que están saliendo á luz estos dias, así como á las que segun nuestras noticias están próximas á publicarse.

Esta no es la época de los libros serios, y si alguno se proyecta ó se está escribiendo, su publicacion no comenzará hasta el otoño, cuando ya los emigrantes veraniegos han regresado á sus hogares, y cuando las noches, comenzando á ser más largas, dan espacio para dedicarse al estudio y lectura de obras importantes.

Los libros que ahora se publican y suelen obtener buena acogida, son esas obritas ligeras y humorísticas, ó bien esos tomitos de poesías tan á propósito para ser leídos á orillas del mar, ó bajo las frescas enramadas de un jardín. En este concepto creemos que será bien recibido el primer tomo que ha publicado la biblioteca humorística *El pícaro mundo*, que ha comenzado á funcionar con un libro original del conocido escritor Sr. Sepúlveda, titulado *La mujer de usted*.

Del mismo género es una recopilacion hecha por don Eduardo Lustonó, titulada *Cancionero de obras de bur-las*, que contiene porcion de composiciones picarescas de nuestros más celebrados ingenios del siglo de Oro de las letras españolas, como son Lope de Vega Carpio, Quevedo, Baltasar de Alcazar, Tirso de Molina, Diego Hurtado de Mendoza, Góngora y otros muchos de aquel tiempo.

Del jóven escritor D. José Alcalá Galiano, se está publicando un tomo de poesías titulado *Esteréoscopio Social*, que tambien ha tenido muy buena aceptacion.

Del conocido poeta cordobés D. Antonio Fernandez Grilo se pondrá muy pronto á la venta un tomo de poesías, en el que se incluirán muchas de las que dicho señor ha publicado en varios periódicos literarios de esta corte, y algunas leídas en reuniones y en solemnidades artísticas, que siempre han sido extraordinariamente aplaudidas. El Sr. Grilo es un poeta de exquisito sentimiento, y sus composiciones de esas que hablan directamente al alma: sus poesías son dignas de figurar en la biblioteca de toda mujer que sepa sentir.

Hemos terminado nuestra tarea; porque ningun otro asunto de interés ha llegado á nuestra noticia, sino que en San Sebastian, en Deva y Santander, se divierten mucho los emigrados veraniegos, y en el próximo Setiembre, cuando regresen á la coronada villa, traerán un abundante surtido de anécdotas curiosas para solaz de sus amigos. Como nosotras lo somos muy de veras de las amables lectoras del CORREO, procuraremos conocer algunas de estas anécdotas para ponerlas en su noticia.

SOFÍA TANTILAN.

Explicacion del Figurin 1036.

FIG. 1.^a—Traje de paseo para la orilla del mar.—La falda es de *gros grain* negro; la túnica de foulard crudo con dibujo Pompadour está drapada por atrás, y sobre los costados; un doble pliegue Watteau realza la espalda del cuerpo, deteniéndose á 40 cents. mas allá del talle y va adornado con un rizado: sombrero de crespon crudo.

FIG. 2.^a—Traje de paseo para establecimiento de baños.—El vestido es de tafetan gris perla, adornado con patas superpuestas orilladas de tafetan cereza. Los paños de atrás de la falda van adornados con volantes fruncidos, tambien superpuestos, y orillados de tafetan cereza. El cuerpo lleva escote cuadrado. Sombrero redondo guarnecido de terciopelo cereza.

FIG. 3.^a—Traje para niña.—La falda es de alpaca con rayas satinadas; la túnica de poplin de verano cierra por delante con una doble carrera de botones. Cinturon, y lazos de los hombros, azules. Sombrero redondo de paja, de Italia guarnecido con cintas azules.



LA HERRADURA.

Un día Jesús se dirigía con su séquito á un pueblecito; sobre el camino vió brillar un objeto; era una herradura rota. Dijo á San Pedro que la recogiera, pero San Pedro no hizo caso; en su marcha, soñaba con el imperio del mundo, porque sus sueños no tenían límites, y este era su pensamiento favorito. El hallazgo era poca cosa para él: necesitaba cetros y coronas. ¿Debia encorvarse por un pedazo de herradura? Apartóse á un lado é hizo como que no lo había oído.

Jesús, siempre bueno y paciente, recogió él mismo la herradura. A la entrada del pueblecito se detuvo en la tienda de un herrero, y le vendió el pedazo roto por tres dineros. Como después pasaran por el mercado, vió unas hermosas cerezas, y compró tantas como pueden obtenerse por tres dineros; después, según su costumbre, las puso tranquilamente en su manga.

Salieron del pueblo. El camino atravesaba praderas y campos sin casas, estaba enteramente privado de sombra; brillaba el sol, el calor era extremado, de modo que hubieran dado de buena gana mucho dinero por un poco de agua. El Señor, que caminaba siempre delante, dejó caer, como por descuido, una cereza, y San Pedro, que le seguía, se bajó para recogerla con la misma premura que si hubiera sido una manzana de oro. La cereza humedeció agradablemente su paladar. Jesús, un momento después, dejó caer una segunda cereza, y Pedro la recogió al punto. El Señor continuó durante algún tiempo haciéndole encorvarse para recoger cerezas, y después le dijo: "Pedro, si te hubieras bajado cuando era necesario, tendrías tus cerezas más cómodamente; el que descuida las cosas pequeñas arriesga tomarse mucho trabajo para cosas menos importantes."

GÖETHE.

CORRESPONDENCIA.

O. L.—*Oporto*.—Para quitar las manchas de tinta se procede del modo siguiente: Se riegan las manchas con gotas de sebo y se echa la prenda en legía, de modo que al salir la grasa en la colada, aunque conserven las manchas un color amarillento, se quitará este en la segunda legía.

R. T. de L.—*Castro*.—Nada nos complace tanto como cumplir los encargos de nuestras amables favorecedoras por solo el deseo de complacerlas. Ya hemos dicho que las sábanas suelen adornarse con un medallón ó corona, é iniciales grandes en el centro del embozo, pero también puede rodearse este con una elegante guirnalda bordada.

M. O.—*Biarritz*.—Con el calor han empezado á levanta-

tarse los peinados, como en los tiempos del Imperio; es decir, que ocupan el centro de la cabeza, poniendo encima de las trenzas un grupo de bucles. Por delante, las personas que tienen el cabello bien nacido alrededor de la frente, lo levantan todo hácia atrás en rulos, las otras lo dejan caer sobre la frente en bandós rusos.

A. B.—*Zaragoza*.—Voy á indicar á V. algunos trajes elegantes para luto riguroso, como V. desea. Para la mañana y los días frescos, falda y polonesa de cachemir, adornadas ambas con fleco. Para paseo de tarde y de noche, vestido de granadina: falda larga con volante ancho, túnica y cuerpo con aldetas; la falda lleva viso de seda y la chaqueta un cuerpo escotado interior. Completa el traje un collar de muchas vueltas sin cruz ni medallón, pendientes sin perilla y un peine para sujetar los cabellos, todo de azabache. Cuando el luto sea menos riguroso, puede V. poner una rosa blanca en el cabello y en la cintura.

Soluciones á las charadas insertas en el núm. 25, y que llegaron tarde á esta redacción, por D.^a Carolina Saez de



TIPOS MALLORQUINES.

Campo Real, D.^a Victoria Brownk de Paz, D.^a Gregoria de Paz, D.^a María de los Dolores de Saizon y Rosas, de Bilbao; D.^a Candelas Gonzalez Redondo, de Villasana de Mena, y una lindísima solución en verso de D.^a Luisa Gramunt. También nos han favorecido con dicha solución los Sres. D. Luis Mena y el consecuente Sócrates.

Soluciones á la charada inserta en el número anterior literario por D.^a Sagrario Cuevas, D.^a Martina Viñals, Doña Carmen Rubio, de Barcelona; D.^a Teresa Villafranca, D.^a Leonor Amores, D.^a Gertrudis Villaserena, de Sevilla; D.^a Teodoro Gemes, de Santander; D.^a Paulina Entrala, de San Sebastian, y los Sres. Bernardo Gimeno, Policarpo Martínez, D. Eusebio Bermudez y D. Tadeo Aler.

ROS.

CHARADAS.

I.

Primera y dos con delirio
A Esperanza, por ser bella,
Tanto, que su rostro envidia
Cuarta después de tercera,
Cuya flor por su hermosura
Llamaban del jardín la reina.
Si en prueba de mi cariño
Dos, tres mandara me hiciera,
No lo haría que antes quiero
Bienaventuranza eterna,
Pero le diera gustoso

Mi vida por complacerla,
Pues es tan *todo* que ablanda
Los corazones de piedra.

Barcelona 24 de Julio de 1872.

T. L.

II.

Cuando la risueña aurora
De la noche rasga el velo,
Suele anunciar dos y tercia,
Desde el tope el marinero.
Y ya más entrado el día,
Fija la vista en el suelo,
Del cántabro mar, la costa,
Registra con ojo atento,
Buscando en ella la prima,
Río que allí va en silencio,
A devolver á su madre
Lo que salió de su seno.

Un apellido componen
Las tres sílabas que expreso,
De un jurisconsulto docto,
Que ha servido en altos puestos
En la anterior dinastía
Y en estos últimos tiempos.

G. COUDER.

(Las soluciones en el próximo número literario.)

ALMANAQUE
DE LAS SEÑORAS.

(Tercer año)

por

D.^a Guiomar
de Torrecazo.

En colaboración con los primeros prosistas y poetas de Portugal y Brasil, y con las principales escritoras portuguesas y españolas.

Precio, 6 rs.

Se reciben suscripciones en la Administración del periódico y en la librería de Alfonso Duran, 2, Carrera de San Jerónimo.

CUENTOS

DE SALON,

POR

D. Teodoro Guerrero y D. Carlos Frontaura.

Con el tomo de Junio ha concluido el primer semestre y se abre

suscripción para el segundo. En los tomos de Julio á Diciembre aparecerán las siguientes novelas:

Madrid por dentro, fotografía social de la vida de la corte, por T. Guerrero. Dos tomos.

El hijo del sacristán, por C. Frontaura. Dos tomos.

La manzana de la discordia y *El sueño de la felicidad*, por T. Guerrero. Un tomo.

Las madres, por C. Frontaura. Un tomo.

Los que adelanten el importe del semestre y los actuales suscritores que lo renueven, tendrán opción á recibir á su tiempo *gratis* el gran ALMANAQUE DE SALON para 1873, con excelentes caricaturas.

OBRAS PUBLICADAS.

Una perla en el fango, por Guerrero. Un tomo.

Brígida, por Frontaura. Un tomo.

La camelia y la mariposa, y *Una historia de lágrimas*, por Guerrero. Un tomo.

La doncella del piso segundo, por Frontaura. Un tomo.

El vellocino de oro y *Fea y pobre*, por Guerrero. Un tomo.

La maldita vanidad, por Frontaura. Un tomo.

Se admiten suscripciones y se venden los tomos en Madrid á 4 rs., en las librerías y en la administración de los *Cuentos de salon*, plaza de Matute, 2.

Se remiten á provincias los tomos enviando 5 rs. por cada uno.

Las Sras. Suscriptoras á ambas Ediciones recibirán con este número el *Figurín iluminado*.

Editor-proprietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de G. ESTRADA, Hiedra 7.